

"Las formas del sueño" constituye para nosotros una imagen de la creación poética, es decir, la experiencia poética es un modo de salvación del ser que lo redime de la angustia y la infecundidad de la existencia.

El otro modo de superar el carácter disperso y no fundado del ser, lo constituye para el hablante lírico, la relación profunda, ritual mejor dicho, con la naturaleza, especialmente con su fundamento de inmovilidad y sosiego:

Reverencia las piedras
inclínate solemne largamente
sobre toda
su amplitud reposada
recibirás entonces el límite profundo
donde el sosiego mana

La primera imagen, aquella de la función del espíritu creador, nos coloca en el centro de la concepción de la poesía que nutre la obra de Eleazar León. La actividad poética es un saber de salvación, una manera de centrar el ser, de anular su dispersión. Específicamente la poesía abre una dimensión del ser positiva: la posibilidad de vincularse con las fuentes nutricias y fundentes de la naturaleza para alcanzar así la redención.

Ahora bien, este concepto y función corresponde en plenitud a la lírica superrealista, acotadamente a la primera generación que la sostiene, que se desarrolla en Hispanoamérica a partir de 1935, aproximadamente.

Podemos decir que no solamente es el caso de Eleazar León, sino que, en términos generales, la revista acoge este tipo de poesía sin abrirse mayormente a las nuevas formas poéticas.

En efecto, si examinamos los niveles de realidad poetizados, la fisonomía del yo poético, el tipo de discurso lírico que informan los diversos poemas y poetas de la Revista, veremos que ella recoge básicamente la producción de aquella generación cuya vigencia se desarrolla entre 1935 y 1950 (hablo de vigencia). Echamos de menos, y esto no es un reproche, sino una petición respetuosa, la presencia de la generación neorrealista —cuyo exponente más brillante y decisivo en la lírica de habla hispana es el chileno Nicanor Parra— y de la generación irrealista, entre cuyos componentes se destaca el nicaragüense Ernesto Cardenal.

Sería un factor muy positivo y dinámico para esta publicación que su prestigioso director Pascual Venegas Filardo, introdujera algunos antipoemas de Parra (y por qué no los Artefactos), y mostrara así los nuevos caminos —la antipoesía— y la inédita dimensión en que se desarrolla la poesía más viva y creadora de la actualidad.

Mario Rodríguez Fernández

<https://doi.org/10.29393/At429-430-32HCAF10032>

HISTORIA DE COPIAPO, Sayago Moreno, Carlos María, Buenos Aires (Argentina), Editorial Francisco de Aguirre S. A., 1973.

Hace un siglo exactamente (1874), que en la Imprenta "El Atacama", en Copiapó, vio la luz lo que pudiéramos llamar la 1.^a edición de esta obra que con el correr de los años se transformó en uno de esos libros escasos

aún en las estanterías de los bibliófilos amantes de esas patrias chicas llenas de sabor, ágil colorido, anécdotas y nostalgias, que se alojan en las páginas de las historias de las ciudades.

La Editorial Francisco de Aguirre, siguiendo su hermosa tradición de brindarnos obras encomiables, viene en distinguirse una vez más con la edición de esta interesante y rara obra. En esta oportunidad aparece con un prologista actual, de brillante pluma y de erudita trayectoria en los estudios históricos y genealógicos nuestros, el P. Gabriel Guarda Geyitz, o. s. b. Agradece el lector la grata línea de ilustración que adorna la presentación general de la obra entre sus 629 páginas, amen de las XV romanas de índice y prólogo, en la cual se destacan bien seleccionados grabados y fotografías que proceden de la biblioteca de Armando Braun Menéndez.

Dado el hecho que don Carlos María Sayago Moreno publicara fructíferamente hace un siglo, su nombre era ya casi desconocido por aquel lector frecuente, amante de los estudios históricos chilenos que sin pretender ser un erudito en estos temas tampoco está a la altura de mero aficionado. Es por ello que es rigor echar un vistazo a la vida del autor antes de comentar brevemente su obra.

Nació don Carlos María Sayago Moreno en Copiapó, en 1840, siendo sus padres el industrial don José Sayago y doña Carmen Moreno. Por la línea materna era descendiente del conocido minero de fines del siglo XVIII y explorador del desierto nortino don José Antonio Moreno, quien encontrara la "veta descubridora" de Garín Nuevo, rica en plata, la que estaba situada en el territorio de los cerros Garín y de la Ternera, lugares que se pusieron de moda en los cateos de 1848 que hicieron famosa a la veta llamada Santa Rosa de Garín.

A la temprana edad de los 24 años, este hijo de Copiapó, que hiciera sus estudios en el Colegio Jesuita de la Merced y en la Escuela de Minería, publica la memoria histórica "Crónica de la Marina Militar de la República de Chile", obra que abarca los años comprendidos entre 1810 y 1860; en ella, a manera de crónica se resumen los servicios prestados por el arma naval. Esta obra tuvo una acogida excelente, lo que obligó al autor reeditarla en Valparaíso en el año 1888, agregándole la parte histórica que va desde la guerra con España (1865-1866) hasta la guerra con Perú y Bolivia (1879-1881).

En 1864 fue "miembro director" de la Sociedad de la Instrucción de Copiapó, institución que escuchó la lectura de sus primeros trabajos históricos. En 1870 pasa a formar parte de la Sociedad Provinciana de Copiapó, la que tuvo por fin establecer en nuestra patria instituciones semejantes para cohonestar la acción política de las asociaciones de amigos del país.

En los años que bordean la publicación de su Historia de Copiapó (1874) lleva don Carlos María una vida política intensa en la tienda radical de sus coterráneos y cohetáneos Matta y Gallo, logrando ser designado secretario de la asamblea radical de Copiapó entre los años 1870 a 1879, siendo miembro del municipio departamental desde 1870 a 1875, fue redactor del diario copiapino "El Constituyente", donde escribió artículos de carácter local. Perteneció a la Empresa del Ferrocarril de Copiapó, donde se desempeñó como contador. En 1896 fue designado Intendente de Atacama y en 1899 de Antofagasta. Esto es en síntesis escueta la vida y obra de este escritor del

Norte Chico que vivió hasta la avanzada edad de los 86 años, vida que a juicio de un biógrafo suyo (1) se distinguió por la benevolencia de carácter y espíritu de cultura, hasta que en 1926 su vida se apaga en Santiago.

El P. Gabriel Guarda Geywitz, en su artículo "Copiapó en la Historia de Chile", que introduce a manera de prólogo en esta 2.^a edición de la "Historia de Copiapó", hace referencia a una nota del tomo VI, p. 145 de la Historia General de Chile, de don Diego Barros Arana, en la que la obra de don Carlos María Sayago es propuesta como modelo de historia local y su autor encomiado con elogio.

Emprende don Carlos María Sayago la Historia de Copiapó, a cuyo pueblo está dedicada la obra, a través de XVIII capítulos que van desde los tiempos prehispánicos en que los incas invaden el país de Chilli, llegan al territorio de Atacamac y se asientan en la pequeña provincia llamada Copayapu, en el valle del mismo nombre. El hilo de la historia se inicia en la obra "por el año 1425" con la presencia del conquistador Yupanqui y su general Sinchiruca, continúa en forma grata, amena, poblada de nombres que dividieron con frecuencia sus vidas entre dos actividades tan dispares pero tan complementarias para el hombre del Norte Chico: la agricultura con sus eternos líos sobre derecho a regadío, y la minería plagada de quimeras, mapas herméticos, legados rodeados de misterio y desenlaces trágicos. Con un tratamiento que integra acuciosamente a hombres fundadores de prolíferas familias que cubren la vida de la administración colonial de un colorido salpicado de pleitos, donaciones a la Iglesia, exploraciones mineras, lucha por cargos en el Cabildo o por el no menos apetecido de subdelegado, y los conflictos en el seno mismo del inquieto Cabildo colonial del vecindario de Copiapó.

La historia transcurre, como ya dijimos, en forma amena, lograda por la pluma suelta, clara y sencilla de don Carlos María, lo que hace olvidar al lector el ingente trabajo que realizó para poner en escena la vida y milagros de personajes que contra el viento y la marea de la zona, valga decir sus sequías, temblores y terremotos, aislamiento y los auges de la minería seguidos de sus inevitables paralizaciones, lograron en pocos siglos plasmar esa psicología nortina en que aunque la derrota por la suerte es aceptada como fatalidad, ésta no llega a herrojar nunca la tozudez de vencer algún día a la veleidosa suerte con alguna veta milagrera.

En la vida del Cabildo y otras autoridades lugareñas donde se ejerce el poder y se amparan granjerías, se aprecia la unidad de familias enraizadas en la conquista misma y otras del período colonial tales como los De Aguirre, Mercado, Cisternas, Peralta, los prolíferos Zepeda, Sierralta, Zabala, con sus vínculos nacidos en el matrimonio.

Notable es el catastro que la propiedad urbana de Copiapó en sus sucesivas épocas, dotada de la descripción de los solares y sus huertas, que el autor hace pasar en forma natural frente a nuestros ojos. No menos notable, aunque en forma pronunciada, el lector advierte los catastros de los asientos mineros con sus descubridores, dueños y redescubridores, a los que acota

(1) Figueroa, Pedro Pablo: Diccionario Biográfico de Chile — Tomo III, Santiago 1909.

los valores pagados en los remates de las Estacas Reales. No olvida el relato la descripción del cargamento que traían las naves, la construcción y dotación de iglesias, ni las efímeras vidas de las escuelas coloniales.

La agricultura, tratada por el autor en el capítulo "Industria Agrícola", proporciona una completa visión del origen de la propiedad, los interminables conflictos de aguas entre las haciendas de las tierras altas con aquellas bajas de los valles, y los reclamos de los indios de San Fernando ante la Real Audiencia por haber agotado su paciencia en el Cabildo.

En fin, el libro que tenemos en suerte poder adquirir, leer y comentar, es de esos libros que los años respetan y ennoblecen no sólo por estar escritos con un respaldo de investigación de fuentes históricas notables, sino por la honesta sencillez del autor que no cayó en el lenguaje alabancioso hacia personas cuyos descendientes vivían en su tiempo, y cuya influencia en otro espíritu habría, como sucede a menudo en historias locales, obscurecido panegíricamente el texto.

La observación de don Diego Barros Arana proponiéndola como modelo de historia local, sigue en pie y acrecienta su valor como fuente histórica de datos genealógicos, de tenencia de la propiedad, en fin, una utilísima obra de consulta y un entrañable libro que sólo un cariño provinciano muy grande, como el que se advierte en la biografía misma del autor, logró escribir con tanto acierto, sencillez y erudición.

Antonio Fernández Vilches

